

Luis Quintana Tejera
Un obispo ginecólogo
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 2, julio, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401816>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Un obispo ginecólogo

Luis Quintana Tejera*

* Facultad de Humanidades, UAEM. Teléfono: (7) 213 14 07.
Correo electrónico: gluis@toluca.podernet.com.mx

Te acercaste a mí para implorar el perdón
y te observé curioso
porque no querías creer en el
carácter cíclico de la historia.

Monseñor Antonio Eustasio Corsario Letrán -doctor en teología por la Pontificia Universidad Romana-, había sido uno de esos obispos a los que muy pocos feligreses se habrían atrevido a confesarle la verdad de todos sus pecados. Adusto, sereno, con una reconfortante aureola interior que muchos deberíamos envidiar, había nacido en el corazón mismo de la capital de Uruguay, en pleno centro del Montevideo de ensueño, precisamente en el encuentro de las calles San José y Minas; había nacido en el seno de una familia acomodada y sus padres le inculcaron desde pequeño esa fe impostergable que lo llevaría a las únicas bodas que Antonio Eustasio celebraría en su existencia: las bodas sacerdotales con el Dios supremo de este Universo lleno de pecado y corrupción como es nuestro Universo. ¿Cómo llegó a grado tan elevado en su carrera sacerdotal? Sinceramente no lo sé. Yo lo conocí ya como obispo en San Carlos y cuando nadie se imaginaba siquiera que en un oscuro rincón de este planeta, en las antípodas de ese mundo uruguayo de ensueño, el mismo obispo Corsario, diez años después de morir, se desempeñaba en una clínica personal como médico ginecólogo. Se llamaba igual: Antonio Corsario, pero la función que ahora le tocaba cumplir era diametralmente opuesta.

En verdad, yo no sé explicar racionalmente este hecho que narro; sólo me impongo la conciencia impostergable de ofrecerlo al lector tal y como lo pude comprobar. La primera vez que visité al Dr. Antonio Corsario en México -con doctor me refiero al médico y no al ilustre conocedor de las Sagradas Escrituras-, lo hice llevado por la necesidad de asistencia ginecológica para mi pareja. No podría describir la emoción que se produjo en mí al verlo de pronto abrir la puerta de su consultorio y aparecer enfundado en su reluciente bata blanca, la cual no pudo menos que recordarme los momentos ceremoniosos del pasado conciliar de este personaje. La verdad, no sabía si besarle la mano como antaño o saludarlo con una reverencia impostada y tenaz.

En ese libre juego de conciencia en donde los acontecimientos van y vienen, se atropellan en duro avance de verdades, se complican al querer entender lo inabarcable, se impuso la lejana figura del obispo con la sagrada ofrenda en sus manos y que ahora reclinado sobre mi mujer cumplía parsimoniosamente sus funciones.

Cuando nos explicaba al fin las causas y consecuencias de la leve complicación de mi pareja, me pareció ver en su rostro una tenue sonrisa cómplice, casi tan parecida a la que pudiera haber mostrado yo en instantes de profunda revelación.

Los hechos hasta aquí contados parecerían no tener mayor trascendencia y no irían más allá de simples conjeturas de una mente acostumbrada a ver lo imposible en manos de la cotidianidad virginal de cada momento, si no fuera que llegaron a mi mesa de trabajo dos diégesis complementarias que hacían referencia al obispo y al ginecólogo respectivamente y que los ubicaban a ambos en una misma persona, rediviva a través de los tiempos que corren. En primer término, un misionero que estuvo unos años de su vida al servicio del obispo de esta historia, me reveló hace ya algún tiempo algo que no tuvo trascendencia en tan lejana ocasión. Me dijo que Monseñor Antonio profesaba un entrañable amor por la ciencia que cura al hombre y que leía con entrega voluminosos textos de medicina. Ahora bien, en algunos momentos le escuchó decir que la salud de la mujer era tan importante como la preocupación por las cosas de Dios.

A mí no dejan de golpearme dos o tres coincidencias que no consigo explicar a pesar de adoptar para ello una serena actitud racional. Por ejemplo, el parecido físico entre ambos doctores era asombroso: la misma incipiente prolongación de estómago nervioso, idéntica actitud de clérigo perseguido por la inquisición nuestra de cada día, grandes orejas que adornaban una cara guerrera, enormes piernas que sostenían un cuerpo no muy gordo, pero tampoco apolíneo; los dos se enorgullecían por llevar una enorme nariz que los acompañaba siempre adonde fueran; enorme nariz que en un caso se metía en las más profundas cosas de Dios, y en otro, se movía inquieta hacia un lado y otro para dar el diagnóstico más preciso. Además, cuando se ponía algo nervioso -ya fuera porque las circunstancias así lo exigían, o ya porque había sido descubierto en una actitud no muy católica-, acostumbraba pasearse de un extremo al otro de la habitación con las manos cruzadas al nivel de su cintura. En fin, mientras hablaba manifestaba una clara inclinación por un curioso seseo que me recordaba a una anciana tía de mi niñez, quien consumía rapé con un instinto malsano y que al hablar dejaba escapar una multitud de eses, las cuales se atropellaban para salir de su boca desdentada. Así también les sucedía a mis dos entrañables personajes de esta historia.

En lo que tiene que ver con el médico experto en cosas de mujeres, un amigo de México me relató que el doctor Antonio Corsario no faltaba nunca a la misa dominical y que en un lugar recóndito de su casa guardaba dos instrumentos sublimes que lo acompañaban en las más acendradas horas de soledad. Se trataba de un misal y una amplia bata de color rojo que aparecía ceñida al cuerpo del médico por un impecable cingulo blanco; en los instantes de recogimiento místico de nuestro segundo personaje, perdido en la soledad de su aposento infranqueable, procedía a celebrar su propia misa, cantada para nadie. El latín se oía como en los mejores momentos del preconiliar Vaticano II; rezaba como en idénticos instantes lo hacía el otro de la historia. Se entregaba sublime a su propia celebración y se unía así a través del inmenso espacio geográfico que lo separaba de su hermano uruguayo.

Aún atiende a sus pacientes en pleno centro de la ciudad el entrañable doctor Corsario; mientras el obispo sereno de esta leyenda observa -desde la lejanía metafísica en que se halla-, las profanas acciones de su igual de México.